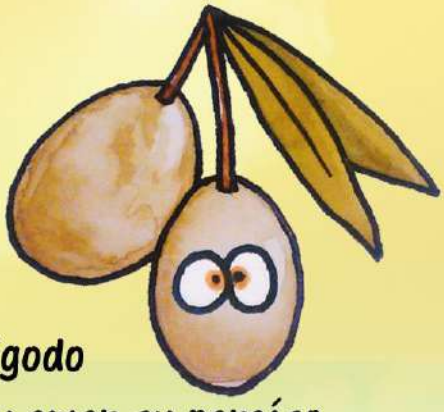
El Olivo Mágico de Hualdo

Escrito por: Teresa L. Velayos

Ilustraciones de: Carlo Franco

En medio de un inmenso y ondulado bosque de olivos, en territorio de Río Tajo, había una casita de color tan blanco que parecía que una nube, envidiosa de aquél verde y bello lugar, lo hubiera elegido para vivir.

Dentro de aquella casita nube, situada en una hermosa finca de nombre Hualdo, vivía una familia encargada de cuidar los valiosos árboles de copa ancha y tronco grueso y retorcido, capaces de dar un fruto más preciado que el oro y de color similar a él.



El papá y la mamá de aquella familia habían enseñado a sus hijos, Paula, una pecosa y rubia niña de ocho años, siempre vestida de princesa y Eric, un trasto de seis, con rodillas magulladas y casco visigodo ajustado a la cabeza, a respetar y amar su paraíso.

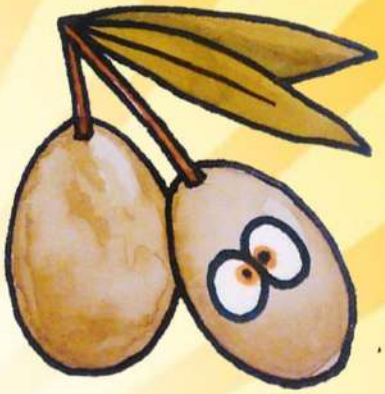
En él, vigilando el cielo, habitaba incluso una enamorada pareja de águilas reales que, cada primavera, sobre la copa de una encina del monte de Hualdo, criaban sus polluelos.

Nada había que gustara más a los niños que el despertar de cada mañana.
Las primeras horas, con las ventanas abiertas al campo, eran puro júbilo para ellos, en especial el momento del desayuno, la comida más importante del día. Ahí, la princesa y el caballero visigodo, espada de plástico en mano, le contaban a su madre, los bellos sueños que les habían acariciado la noche anterior y que tenían mucho que ver con las historias que papá les leía de sus cuentos preferidos.
Los dos se sentían ya mayores así que cada mañana se turnaban para preparar la parte del desayuno más divertida.

-Hoy me toca a mí -decía resuelta la princesa con su brillante diadema enredada en el pelo.
Y echaba a un lado a su hermano que, adelantándose a ella, ya había cogido las grandes y crujientes rebanadas de pan de pueblo que tanto les gustaban a todos.
El pequeño espectáculo matinal comenzaba con una cancioncilla en forma de rap:

"Parapa pan, tomato to to y riégalo.
Sí, riégalo, échale sal y riégalo.
Fuerte te harás y crecerás.
Tú riégalo."

La letra se la había inventado mamá para que los niños recordasen siempre cuál era el orden de los ingredientes en la preparación del pan con tomate y aceite.



Recuérdalo, fuerte te harás y crecerás.
Parapa pan, tomato to to y riégalo.
Tú crecerás, sí crecerás.

Resultaba divertido ver a la pequeña princesa bailando un rap y acompañar sus graciosos movimientos mientras frotaba en el crujiente pan de miga, un jugoso tomate partido por la mitad. Un pellizquito de sal y la bendición final, un buen chorro del oro líquido extraído de aquellos árboles cercanos.

El color y el aroma del aceite de oliva virgen extra, envasado en una simpática botellita, que los niños coleccionaban pues tenía forma de cuento, precedían a su extraordinario sabor.

Y así era como la princesa y el pequeño caballero, entre aplausos de mamá, llevaban puesta toda la energía para afrontar la jornada en el cole.

Los días transcurrían entre risas en la casita de Hualdo hasta que, por sorpresa, algo vino a oscurecerlos.

La abuelita, que vivía lejos de allí, se puso enferma y mamá tuvo que abandonar el paraíso para ir a cuidarla.

Ni Eric ni Paula pensaron entonces que tardaría tanto en regresar y, aunque papá se esmeró en cuidarlos, ellos no dejaron de pensar ni un solo momento en mamá ni en la abuelita enferma.

El tiempo, por arte de birlibirloque, se convirtió en una tortuga pesada y lenta. Tanto que a Eric no se le ocurrió otra cosa que ir a hablar con el Sol y pedirle, por favor, que se diera prisa en marcharse a dormir para que los días transcurrieran más rápido.

Pero el Sol, que andaba con mucho trabajo, no le hizo caso a Eric.

El pequeño no desistió y, sin decirle nada a nadie, una buena noche salió silencioso por la ventana de su habitación.

Corrió descalzo y de inmediato notó el frescor de la húmeda hierba bajo sus pies. Con el corazón latiéndole rápido estuvo entre árboles hasta alejarse lo suficiente de la casa.

Quería hablar a solas con la Luna así que, cuando llegó a su olivo favorito, trepó por su tronco para estar más cerca de ella.

No era la primera vez que le hablaba, no era la primera vez que se escapaba.

La Luna conocía su proyecto secreto.

Cuando creciera un poco más pensaba cambiar su casco de caballero visigodo por el de astronauta.

Sería el primero en hacer una casita en la Luna como la suya, rodeada de olivos y aceitunas, para vivir siempre en ella.

-¿Puedes hacerme un favor? -le dijo a la reluciente Luna nada más verla esa noche-.Empuja al Sol para que vaya más deprisa. Algo le ha pasado al tiempo y ahora las horas duran más que antes. Empújale y así los días pasarán rápido y mi mamá volverá enseguida a casa.

Eric espero toda la noche la respuesta arropado por las ramas del olivo. Pero la Luna, recién levantada y bostezando aún, no le hizo caso a Eric. Así que cuando un buen día papá habló por teléfono con la abuela y supo que ya estaba mejor, no esperaban que, a continuación, añadiera: "Mañana viene mamá".

La princesa estrujó a su hermano y lo besó como nunca antes lo había hecho y fue en ese mismo momento cuando Eric tuvo la idea más brillante que jamás había imaginado. Se la sopló a Paula al día siguiente, cuando la hubo pensado bien. Aunque primero quiso volver a confirmar la gran noticia. Era muy importante estar seguro.

-¿De verdad que la abuelita se ha puesto ya buena? -le dijo a su padre cuando le tuvo delante.

-Claro que sí -le contestó sin dudarlo-. Esta tarde iré a buscar a mamá y en un periquete estaremos todos juntos otra vez. Incluso vendrá vuestra abuela.

Y le acarició el pelo. A Eric le daba confianza que su padre le acariciara el pelo después de decirle algo. Era la prueba de la verdad. Así que sin duda lo que decía era verdad ¡Era verdad!

Habían pasado tres semanas desde que la abuelita enfermó. Tres semanas. Veintiún días sin mamá eran muchos días, demasiadas horas y un número incalculable de minutos, sin jugar, ni bailar rap, ni reír con ella.

El plan de Eric se activó cuando papá les dejó solos en la cocina. Entonces comenzó la acción.
Querían demostrarle a mamá cuánto la habían echado de menos fabricando para ella un regalo.
-Tortitas -le dijo Eric a su hermana recordando el postre favorito de su madre.
-Magdalenas -le replicó Paula, acordándose de lo que le gustaban a su abuela cada vez que venía a casa.
-Haremos tortitas porque he sido yo quien ha tenido la idea.
-Haremos magdalenas porque tú no tienes ni idea de hacer ni una cosa ni la otra.
Y como Paula tenía razón, a Eric no le quedó más remedio que pensar en fabricar unas deliciosas magdalenas como regalo de bienvenida.
-A ver, necesitaremos..., necesitaremos...
Pero Paula no se acordaba de la receta de las magdalenas tampoco.
-¿No te acuerdas de lo que hay que echar?
-Bueno, recuerdo que se hace una especie de masa y se sirve en unos canastillos de colores.
-Sí pero ¿qué clase de masa? -le preguntó Eric que veía como su idea se venía abajo antes de empezar.
-Espera, mamá abre el frigo y de repente sabe qué es lo que vamos a comer ese día. De ahí saca lo necesario.

Y los niños corrieron al frigorífico, pero cuando lo abrieron se quedaron patidifusos al ver lo que allí dentro ocurría.

Había huevos por todas partes, blancos y morenos. Corrían a esconderse como si alguien les hubiera descubierto haciendo algo que no debían.

De la huevera saltaron cuatro intentando escapar de allí. Los niños cerraron lo más rápido que pudieron la puerta, pero uno de ellos logró salir.

Eric consiguió atraparlo antes de que se colara por debajo de la mesa.

-¡Con cuidado que soy frágil! -gritó el huevo.

Eric no podía creer que un huevo le estuviera hablando, pero no lo soltó de su mano.

-No sabía que un huevo pudiera hablar -le dijo.

-No conozco a ningún huevo que no hable -le contestó el huevo que parecía tener prisa-. ¿Eres tú el que está al mando?

Eric no supo qué decir. Paula llegó en su ayuda.

-Yo soy la mayor, así que yo soy la que está al mando.

-¿Del frigorífico?

-De todo en general.

El huevo se empinó todo lo que pudo en la mano de Eric y miró a Paula detenidamente.

-Sí -concluyó. Tienes cara de estar al mando de todo en general Quizá puedas ayudarnos.

-¿Qué ocurre?

-Ahí dentro -y señaló el frigorífico-, tenemos un grave problema.

-¿Un grave problema? -preguntó Eric con los ojos abiertos como platos.

-Nosotros, el Comando Huevo, tenemos como misión solucionarlo.

-¿El Comando Huevo? -repitió Paula que tenía los ojos igual de abiertos que su hermano.
-Caramba, veo que aquí fuera repetís todo lo que se os dice -dijo el huevo sorprendido también.
Los niños se miraron y luego miraron al huevo.
Paula fue la primera en volver a hablar.
-¿En qué podemos ayudarte?
-Eso está mejor. Veréis, el problema es que ahí dentro hace mucho frío, un frío insoportable.
Estamos al borde de la congelación. Frutas y verduras no paran de quejarse y la leche anda en busca de una bufanda.
-¿Una bufan...? -pero Eric no terminó la palabra.
-La solución es sencilla -concluyó Paula con cara de quien todo lo sabe-. Lo único que hay que hacer es subir la temperatura del frigo. Nosotros podemos hacerlo.

Y se fue rápida y resuelta a ayudar.

La solución fue tan simple que todos los alimentos que estaban a punto de convertir el frigorífico en un campo de batalla, terminaron aplaudiendo a su nueva heroína.

-¡Hurra! ¡Hurra! -gritaban una y otra vez lechugas, tomates y hasta el triste brócoli.

Fue en medio de esa fiesta donde se le ocurrió a Paula quién podía ayudarlos con su receta de magdalenas.

-Señor huevo -le dijo al que aún estaba en manos de Eric-, nosotros también necesitamos ayuda. Queremos hacerle a nuestra mamá y a nuestra abuelita, unas magdalenas como regalo de bienvenida a casa y no recordamos los ingredientes.

-Oh, pero eso sí que es fácil. Déjalo de mi mano. Sólo tengo que hacer unas cuántas llamadas. A Carita Blanca, Tachán y Boquidulce les encantan esas cuchipandas. En diez minutos los tengo a todos formando ante vosotros dispuestos para la acción.

Y bajando de un salto desapareció rodando por el suelo de la cocina.

¿Carita Blanca, Tachán, Boquidulce? Pero ¿todos esos quienes eran y de qué manera podían ayudar a hacer unas magdalenas?
No tuvieron que esperar mucho las respuestas a esas preguntas porque el señor huevo, miembro del Comando Huevo de su frigorífico, volvió acompañado por ellos.
-Aquí estamos -dijo. Los niños les reconocieron a todos pero, con respeto, dejaron que fuera el señor huevo, que se había tomado la molestia de llamarlos, quien hiciera las presentaciones.
De esa manera supieron que la harina tenía nombre, Carita Blanca; que a los polvos de horneado no se les conocía como levadura sino por su efecto mágico, Tachán, y que el siempre energético azúcar respondía como Boquidulce.

Cuatro huevos más se habían unido a la comitiva preparados para el festejo.
Paula hizo recuento y se acordó de algo fundamental, algo que mamá nunca olvidaba cuando se ponía a cocinar. El aceite de oliva virgen extra.
-No podemos hacer magdalenas sin aceite de oliva.
Eric corrió como un rayo a por su fantástica botellita del desayuno, pero estaba vacía, no quedaba ni una triste gota. Se lo habían terminado todo.
-¿Estamos rodeados de olivos y no tenemos aceite? Esto sí que tiene gracia.

Carita Blanca tenía razón, tenía mucha gracia, pero nadie se rio.
Su gozo en un pozo. Los niños sabían lo esmerada y cuidadosa que era su madre en la cocina y el buen paladar que tenía.
Sin duda se daría cuenta de que a su regalo de bienvenida le faltaba algo esencial. Se daría cuenta de que no le habían prestado atención cuando había hecho magdalenas para ellos.

Enfadado, Eric salió de la casa pegando un portazo.
Boquidulce quiso seguirle, todos los niños recuperaban la sonrisa cuando él aparecía.
Pero Carita Blanca se lo impidió.

-Déjale, estoy segura de que encontrará a Oli.

-¿Oli? -repitió Paula, que seguía con la mirada a su hermano por la ventana mientras éste se adentraba en el bosque.

Caminó un buen rato y cuando se dio cuenta estaba frente a su árbol favorito, el que le había acunado la noche que le habló a la Luna.

La Luna no me contestó -le dijo enfadado al viejo y retorcido olivo-. Pero ya no quiero que me haga ningún favor. Mi mamá viene ya. Paula y yo queríamos hacerle un regalo, pero no tenemos aceite de oliva. Carita Blanca dice que tiene gracia, estar entre olivos y no tener aceite para unas simples magdalenas.

Cabizbajo por creer que nadie escuchaba sus problemas, se puso a trepar como siempre había hecho, pero... algo ocurría.

Sus pies resbalaban, se abrazaba al tronco tan fuerte como podía pero cuanta más fuerza hacía más resbalaban sus pies. Hasta que no pudo hacer otra cosa que dejarse caer al suelo.

-¿Estás bien?
-¿Eres tú quién habla? -le preguntó sin miedo Eric al olivo, mirándole fijamente.
-Sí, soy yo. Oli, para servirte.
-Tu voz es igual, es igual que la que yo imaginaba que tendrías.
-Aquella noche la Luna también te habló.
-Pues yo no la oí. A lo mejor me quedé dormido, se está tan a gusto entre tus ramas.
-Aún eres muy pequeño para entenderlo todo.
-¿Por qué no me dejas trepar hoy por tu tronco?
-Dices que necesitas aceite de oliva con urgencia.
Lo estoy fabricando sólo para ti.
Eric se levantó del suelo y se acercó más a Oli. Por su tronco se deslizaba hasta el suelo un delicado, brillante y aromático líquido de color amarillo oro.
No dudó en tocarlo. Era suave. Se llevó los dedos a la boca y lo probó. Ya no le quedó ninguna duda.

Sí, riégalo, échale sal y riégalo.

Era aceite, el aceite con el que regaba el crujiente pan cada mañana en el desayuno.
El sabroso aceite de oliva virgen extra
con el que sorprenderían a mamá
y a la abuela.

Oli fue muy generoso con su mágica esencia.
Carita Blanca, su amiga, organizó una gran cuchipanda con Boquidulce, Tachán, el Comando Huevo al completo y hasta Hojitas de Hierbabuena en el toque final.
Todos trabajaron sin descanso junto a los niños, todos entregaron algo de sí mismos para darles a mamá y a la abuela el mejor regalo de bienvenida a casa.

Las mejores y más bellas magdalenas con aceite de oliva que nadie nunca pudo imaginar.

FIN